

1873

GALERÍA LITERARIA.--MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

LAS MARAVILLAS

DEL

MUNDO

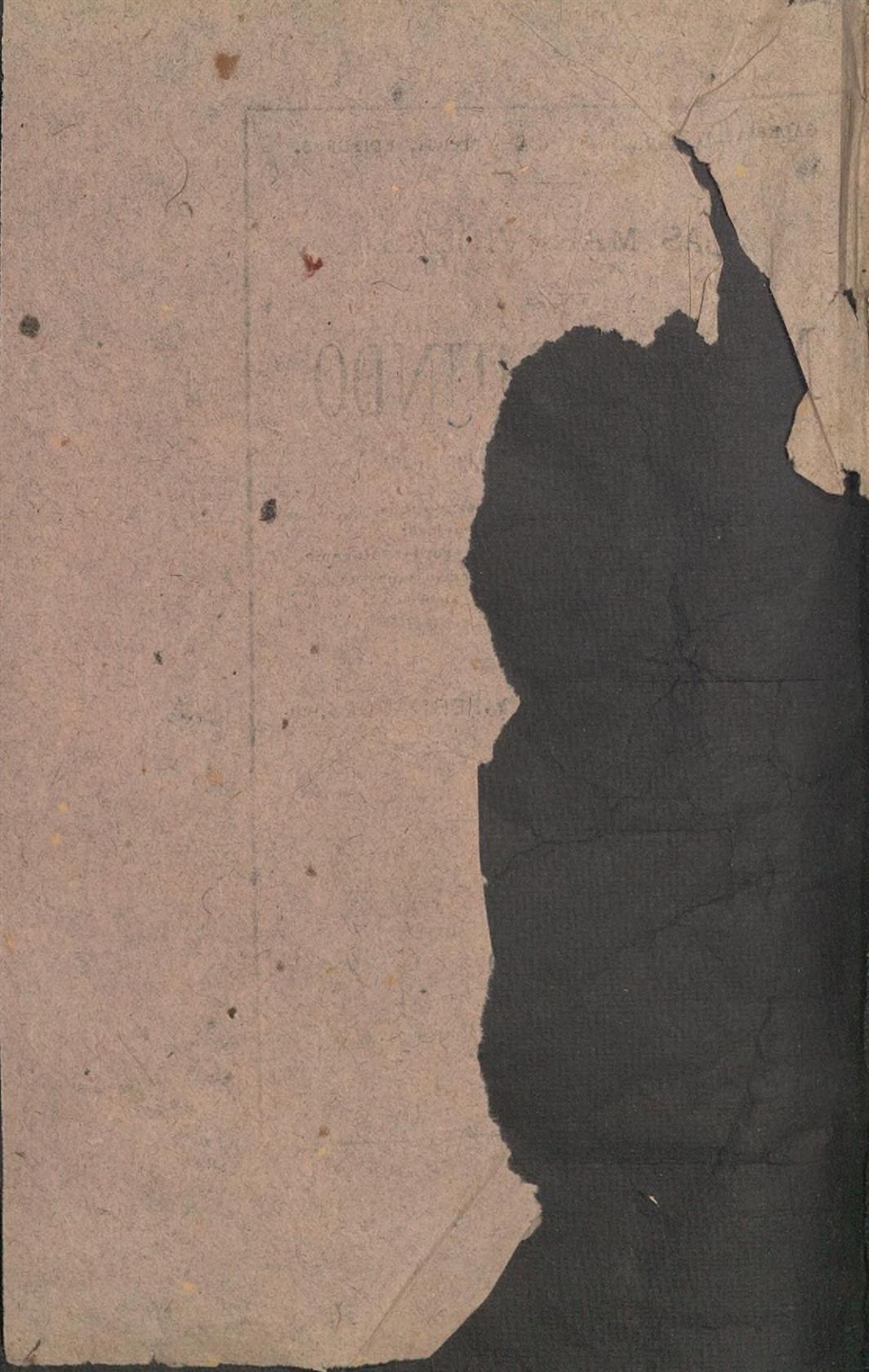
CIENTÍFICA

Argentinas,
Pacífico,
Buenos Aires, la Patagonia,
Minerías y pesquerías
de las Antillas,
etc.

POR

DR. J. FERNANDEZ.

EN VENTA EN



147-4175



Detenido por seis balas en medio de su terrible salto, cayó palpitante á los pies del marino.

L47
4175

The right hand side of the page is blank.

1840

Reg. prof. 101 Lib. 20

aventuraron nuestros amigos, rompiendo la marcha el indio, que tanteaba con el pié la firmeza de las piedras, pues allí el más pequeño tropiezo, la vacilacion más leve, producía irremediabilmente una catástrofe.

Tras el indio marchaba Aurora, á la que seguía el doctor, y en pos de éste Cármen, de quien Paco no separaba su mirada, pronto á socorrerla si era necesario. Sir Ricardo seguía al marino; luego iba Francisco, que llevaba el ramal de la vicuña; y despues seguían las cuatro mulas, cerrando la marcha el negro Tom.

Durante una hora caminaron nuestros amigos por aquella peligrosa senda, llegando al cabo de aquel tiempo á la orilla del agua.

El rio, que las desigualdades de las rocas porque corría convertían en un espumoso torrente, ni tenía un gran caudal ni gran anchura, si bien podía hacer peligroso el paso la impetuosidad de la corriente. Al llegar á su margen, Meli-Antú, sin decir una palabra, cogió una gran piedra, la levantó con las dos manos sobre su cabeza, y de este modo entró en el agua, avanzando con lentitud, no levantando un pié sin haber sentado el otro en sitio seguro, y tanteando cuidadosamente las desigualdades del lecho de rocas que pisaba.

Llegó á la orilla opuesta sin que el agua le hubiese pasado de la cintura, y sin detenerse en ella volvió á reunirse con sus compañeros.

—Por lo que veo, se puede pasar,—dijo el doctor:

—Sí,—contestó el indio;—pero no uno á uno: la corriente es muy fuerte, y me ha costado trabajo sostenerme contra ella. Es necesario pasar en grupos de dos ó tres.

Meléndez y Estrada

—Perfectamente, —dijo el doctor; —pero ¿cómo nos compondremos para que estas niñas no corran el peligro de mojarse?

—Muy fácilmente, —contestó Paco; —sentadas sobre la carga de las mulas.

—No, —dijo el indio; —sería peligroso.

—¿Cómo, pues, lo haremos?

El indio no replicó; pero hizo que se le uniese Sir Ricardo, que tenia próximamente su misma estatura, y echando un brazo al cuello del inglés, que comprendiendo su intencion le imitó sin vacilar, indicó á Aurora que se sentara sobre aquella improvisada silla.

Aurora obedeció sin dudar, y el grupo adelantó hácia la orilla opuesta, contrarestando victoriosamente la fuerza del agua.

—¡La silla de la reina, como la llaman en mi tierra! —exclamó Paco; —vamos, amigo doctor, hagámosla nosotros para Cármen.

Los dos jóvenes enlazaron sus brazos como el inglés y Meli-Antú; Cármen se sentó en ellos, y dos minutos despues estaba al otro lado del torrente, sin que, lo mismo que Aurora, se hubiera mojado la orla de su vestido.

Tom, Francisco y las cuatro mulas pasaron tambien sin dificultad: solo la pobre vieuña estuvo á pique de ser arrastrada por la corriente; pero perfectamente sujeta por el lazo del pehuenche fué sacada á la orilla sin lesion alguna, y la caravana pudo continuar su marcha por un sendero igual al que acababa de dejar, y que debia conducirla á lo alto de aquella escabrosa montaña.

La subida fué penosísima: los viajeros andaban casi

de rodillas, y gracias al vigor de Francisco, á la destreza de Tom y á la experimentada práctica del indio, no se despeñaron mil veces las cuatro mulas.

Ya á aquella altura habia desaparecido por completo la vegetacion, viéndose tan solo algunos mezquinos líquenes entre las hendiduras de las rocas. Un airecillo helado anunciaba la proximidad de las nieves, y nuestros animosos aventureros se veian obligados á luchar, no solo contra lo escabroso del terreno, sino tambien contra la rarefaccion del aire atmosférico, que á cierta altura no suministra suficiente oxígeno á los pulmones. El malestar producido por esta causa no era aún, sin embargo, insoportable, y á las doce del dia la caravana, despues de fatigas sin cuento, pudo alcanzar la peñascosa cumbre de aquella montaña.

Frente á ellos se elevaban los *nevados*, ó sean las aristas superiores de los Andes, eternamente cubiertas de nieve, en cuya cima querian descansar aquella noche. Para conseguirlo tenian que descender de la altura en que se encontraban, atravesar un valle alfombrado de pedruscos y de fragmentos de lava, y emprender luego la última ascension, salvando cañadas y ventisqueros, y exponiéndose á quedar sepultados en una barranca llena de nieve.

Aurora y Cármen, que marchaban á la cabeza de la caravana, no se detuvieron al llegar á la cumbre, y atravesándola rápidamente, comenzaron á bajar por la pendiente opuesta, dirigiéndose al valle.

—¿Sabeis una cosa, doctor?—dijo en aquel momento

Paco.

—Decídmela y la sabré,—contestó el sábio.

—Que estos vericuetos no son los más á propósito para un marino, y que empiezo á cansarme...

—Silencio, Paco, ó se burlarán de vos,—interrumpió el sábio;—mirad, mirad á nuestras amadas, más firmes y resueltas que nunca, y tomad ejemplo de ellas para no dejaros abatir por el cansancio.

—No me habeis dejado concluir, y por consecuencia no habeis podido entenderme: no es del cansancio físico de lo que yo hablo.

—¿De qué es, pues?

—Lo que quise decir es que tantas montañas, y tantas llanuras, y tantos barrancos, empiezan á fastidiarme, y echo muy de menos mi fragata y las olas del mar.

—Todo es bueno, mi bravo capitán, todo es digno de admirarse y de estudiarse; y si es verdad que hay una gran belleza en la inmensidad del Océano, no podeis negar que también la hay, no menos grande, en estas altas montañas, cuyas cumbres cubiertas de nieve parecen retar al cielo. Estoy seguro de que Sir Ricardo piensa lo mismo que yo.

—Exactamente, mi sábio amigo,—contestó el inglés.—En todas partes, así en el mar como en la tierra, se ve la fuerza creadora y se admira la magnificencia y la armonía de la naturaleza. Que nuestro marino encuentre más bellezas allí que aquí, no es más, en mi concepto, que una consecuencia natural de las costumbres y de los hábitos adquiridos en el ejercicio de su profesión.

La conversacion continuó entre los tres jóvenes durante media hora, al cabo de cuyo tiempo las viajeras, que

habian llegado al valle, se detuvieron, sentándose sobre una piedra.

Sus compañeros se reunieron á ellas; y Aurora dijo sonriendo:

—Creo, amigos míos, que es muy justo que tomemos un bocado. La caminata de esta mañana y el airecillo fresco de estas alturas nos han abierto terriblemente el apetito, y por mi parte, confieso que no haré ascos á unas chuletitas de alpaca.

—El amigo Tom se encargará de satisfacer vuestras justísimas exigencias, —contestó el doctor,—y me parece que lo hará con su acostumbrada ligereza, no solo por nosotros, sino tambien por sí mismo, porque con lo que ha trabajado esta mañana, debe tener un apetito de marca mayor.

El negro, que ya habia encendido su hornilla, sonrió enseñando sus blancos dientes, y un momento despues colocó al fuego unas magníficas magras de alpaca que no tardaron en estar en disposicion de ser comidas.

Aurora hizo que el negro sacase de las alforjas que llevaba una de las mulas un par de botellas de vino de España, y llenando su vaso de cuero, dijo:

—El sitio en que nos hallamos, las fatigas de esta mañana y las que esta tarde nos esperan bien merecen que hagamos todo lo posible por restaurar nuestras fuerzas. Bebamos, pues, amigos míos, y brindemos porque nuestra expedicion sea en lo sucesivo tan feliz y venturosa como hasta aquí.

Apuráronse los vasos, y el doctor, dejando el suyo sobre una piedra, dijo:

—Así lo espero.

El asado de alpaca desapareció en un momento ante los formidables ataques de los hambrientos viajeros, y no duró mucho más un enorme trozo de jamon curado que le sucedió. Se tomó el café, mezclándole algunas gotas de rom, y en tanto que el negro recogía sus trebejos y que las mulas descansaban un rato, paciendo los mezquinos líquenes que asomaban entre las piedras, Cármen dijo al doctor:

—Tengo curiosidad porque me expliquéis una cosa, mi querido sábio.

—Veamos qué es ello.

—¿Por qué Meli-Antú, cuando se metió en el torrente para tantear el vado, llevó consigo aquella piedra tan grande? Toda la mañana hemos venido pensando en ello, y ni Aurora ni yo hemos podido encontrar una contestacion satisfactoria.

—Pues la explicacion es muy sencilla. Comprendeis perfectamente que el agua pueda arrastrar con más facilidad un cuerpo ligero que otro pesado, y que, por consecuencia, la resistencia que los cuerpos oponen á la corriente está en razon directa de su peso: pues bien, Meli-Antú, que no ha estudiado fisica, sabe prácticamente esto, porque se lo ha enseñado la experiencia, y al llevar consigo aquella gran piedra no tuvo otro objeto que el de aumentar su propio peso y oponer de este modo una resistencia mayor á la fuerza de las aguas. De la misma manera se explica su advertencia de que no pasásemos uno á uno, pues dos personas juntas pueden resistir mejor que una sola.....

—Basta, basta, doctor; hemos comprendido perfectamente y es inútil que habléis más,—dijo Aurora;—eso explica por qué nuestra pobre Andina fué arrastrada por la corriente y la hubiéramos perdido á no estar sujeta con el lazo; en tanto que las mulas, mucho más pesadas, contrarestaron sin dificultad la violencia de las aguas.

—Muy bien, muy bien,—exclamó el doctor;—veo que mis discípulas saben aprovecharse de mis lecciones, y eso regocija mucho á su profesor. Seguid así, queridas mías, y tal vez algun dia podré proponer vuestra admission en el Ateneo científico de Buenos-Aires.

Las dos jóvenes se echaron á reir, y dispuesto ya todo, un cuarto de hora despues se continuó la marcha. Al acercarse á la pendiente por que tenian que elevarse, no distinguieron la menor apariencia de camino abierto ni de paso determinado: Meli-Antú buscó y encontró algo que se parecia á un sendero, abierto en todo caso por la mano misma de la naturaleza, y los viajeros, entregados por completo á la seguridad de su fiel guia, le siguieron sin vacilar.

Afortunadamente, el tiempo estaba tranquilo, el cielo sereno y la estacion era favorable, pues en invierno, es decir, desde Abril á Setiembre, la ascension hubiera sido de todo punto impracticable, porque basta la intensidad del frio para acabar con los viajeros, y los que resisten el rigor de la temperatura sucumben á la violencia de los *temporales*, que este nombre reciben ciertas tempestades particulares de aquellas regiones que todos los años siembran de cadáveres las gargantas y torrentes de los Andes.

A las cuatro pasaron nuestros amigos el límite de las nieves perpétuas, y un espectáculo nuevo se presentó ante sus ojos. El aspecto de la montaña se había metamorfoseado por completo; grandes témpanos de hielo, blancos unos, azulados otros, se levantaban en todas direcciones, reflejando y descomponiendo en sus mil facetas los luminosos rayos del sol. Meli-Antú se había puesto á la cabeza de la caravana y tanteaba el piso con un largo baston; los viajeros se dejaban guiar por sus huellas, y obedeciendo á una advertencia del doctor, se abstenerían de levantar la voz, porque el más pequeño grito, agitando las capas atmosféricas, podría producir el desprendimiento de grandes moles de nieve, suspendidas sobre sus cabezas.

Habían entrado ya en la *Puna*, que este es el nombre con que se designa la region superior de los Andes, despues de ganar agudas aristas y de pasar profundas quebradas, que tuvieron que cruzar á salto. Entonces se ejercitaron el vigor y la destreza del indio, de Tom y del marinero, y más de una vez, sin su valor y su habilidad, los expedicionarios se hubieran visto detenidos en su camino.

El doctor, con la mirada fija en las jóvenes, esperaba verlas desfallecer de un momento á otro, y en verdad que nada hubiera tenido de sorprendente, pues se necesitaba una energía superior en mucho á la de la mujer para arrostrar sin turbarse tantos peligros. Aun no conocia nuestro sábio el valor de aquellas hermosas criaturas: pronto, sin embargo, tuvo ocasion de conocerlo.

Cármén se volvió, y dirigiéndose á Paco, que se soplabá los dedos, entumecidos por el frio, le preguntó riendo:

—¿Tuvisteis tanto frío en la bahía de Baffin y en la península de Melville, mi querido marino?

—No lo sé, amiga mia,—contestó Paco;—lo único que puedo aseguraros es que me voy helando y que temo mucho amanecer mañana convertido en un sorbete.

La valiente niña se echó á reir y Aurora dijo á su vez:

—Recuerdo que cuando propusimos atravesar los Andes por estos sitios, todos vosotros, y especialmente el doctor, hablábais de nuestra debilidad, de peligros y obstáculos superiores á nuestras fuerzas, y de otras muchas cosas:...

—¿Qué es eso, Aurora?—exclamó sonriendo el doctor;—¿vais acaso á dedicar al sexo fuerte una filípica de las que acostumbrais?

—Merecida la tiene,—respondió la jóven;—pero quiero ser generosa y no digo una palabra más.

—Muchas gracias,—repuso el sábio.

Aurora, cumpliendo su propósito, guardó silencio, y la caravana continuó su marcha. Habian encontrado tres ó cuatro cruces de madera, que eran indicios de otras tantas catástrofes, y ni este fúnebre hallazgo pudo dominar la sobrenatural energía de las dos jóvenes.

Poco antes de ponerse el sol los viajeros alcanzaron una inmensa meseta, sin apariencia alguna de vegetacion; un verdadero desierto, cubierto por una deslumbrante alfombra de nieve. Algunos picos de pórvido y basalto taladraban aquel blanco sudario, y á cada instante fragmentos de roca, descoyuntados por la accion del aire, rodaban con un ruido mate que la rarefaccion atmosférica hacia casi imperceptible.

El doctor se detuvo, exhaló una exclamación de triunfo, y volviéndose á sus compañeros, les indicó el volcán de Peuquenés, que á cuatro millas de aquel punto vomitaba por su ardiente cráter torrentes de lava y humo.

Habian llegado á la cumbre de las cordilleras.

Meli-Antú adelantó por la meseta, buscando algo que pudiese servir de albergue, y no tardó en encontrar una choza de adobes ó ladrillos, casi cubierta de nieve, construida indudablemente por los indios.

La indicó á sus compañeros, que acogieron su anuncio con una exclamación de alegría, y acto continuo, ayudado de Tom y de Francisco, se puso á desembarazarla de la nieve que obstruía su entrada.

En tanto, el doctor consultó su barómetro, dejó ver en sus labios una orgullosa sonrisa, y volviéndose á sus amigos, dijo:

—Nos hallamos á 14.000 pies de altura.

Treparon luego á una enorme roca, y mientras se disponía la choza para recibirlos, contemplaron admirados el magnífico panorama que se desarrollaba ante sus ojos.

El sol iba á ocultarse, y el valle del Mendoza se sumergía en una sombra ascendente producida por la aproximación de la noche; los relieves del terreno, las eminencias, los cerros, las colinas, iluminadas por los últimos resplandores del día, se desvanecían gradualmente, y poco á poco la sombra iba extendiéndose por toda la vertiente oriental de los Andes. Al Oeste el sol iluminaba aun las colinas en que se apoya la inmensa y escabrosa mole de los flancos occidentales. Deslumbraban las rocas y ventisqueros sumergidos en aquella irradiación del

astro del día. Hacia el Norte ondeaban colinas eslabonadas, confundiéndose insensiblemente, y extraviándose la mirada en la contemplacion de sus monótonas cumbres. Al Sur, por el contrario, el espectáculo era espléndido y magnifico, y con la noche que se acercaba debia tomar sublimes proporciones. En efecto, la vista del observador, abismándose en los hondos valles de las vertientes occidentales, dominaba el volcan de Peuquenes, cuyo cráter abierto respiraba á una distancia de cuatro millas. El volcan rugia como un mónstruo enorme, semejante á los Leviatanes de los dias apocalipticos, y vomitaba por su abrasada cumbre ardientes humaredas, haces de llamas y torrentes de lava. El círculo de montañas que se extendia en su torno parecia incendiado; granizadas de piedras candentes, nubes de vapores rojizos, chispeantes cohetes de lava se reunian formando un espectáculo deslumbrador. Un resplandor inmenso que por instantes adquiria intensidad, una deflagracion esplendente, llenaba aquel vasto circuito de centelleantes reverberaciones, en tanto que el sol, desprendiéndose poco á poco de sus fulgores crepusculares, desaparecia como un astro apagado en las sombras del horizonte.

Nuestros viajeros, convertidos en artistas, hubieran pasado mucho tiempo contemplando aquel espectáculo imponente, aquella lucha de los fuegos de la tierra con los del cielo, si un frio glacial, cuya intensidad aumentaba la aproximacion de la noche, no les hubiera llamado al sentimiento de la situacion, arrancándolos de la contemplacion en que los habia sumergido el encanto de aquel panorama deslumbrador.

Afortunadamente, el indio y sus dos ayudantes habían ya desembarazado la choza y limpiado el pavimento de la nieve que le obstruía, y apenas estuvo en disposición de recibir á los viajeros, se embutieron éstos precipitadamente en ella.

Tom encendió en una especie de hogar con chimenea de ladrillos un magnífica lumbre, en torno de la cual se agruparon nuestros amigos, ateridos de frío, y pronto el olorcillo de un anca de llama que daba vueltas en el asador, unido al riquísimo aroma del café, les hizo olvidar los peligros pasados y hasta lo glacial de la temperatura exterior.

reg el servicio como se lo per-
habían las dimensiones del comedor, y con la gravedad
peculiar á sus altísimas é importantes funciones, anun-
ció que la cena esperaba.

No hicieron los viajeros que se requiriese el aviso; co-
la cual se espodó de su parte sin cumplimiento alguno,
y durante los primeros momentos no se oyó en la choza

CAPÍTULO XI.

otro ruido que el crugir de el rumor de la resaca
tición y el chisporroteo del combustible en el hogar.

La primera libación desató, sin embargo, las lenguas
de nuestros amigos, y Aurora, que á fuer de mujer, no

La ciencia en las grandes alturas.

podía estar en silencio, dijo:—
—¡bueno para mí!— en una región que tal vez no

Meli-Antú trabó las mulas, dejándolas en libertad de
buscar el abrigo que mejor les pareciere; ató el ramal de
la vicuña á un asa del cofre que llevaba los viveres, y
como en aquellos parajes no era necesario ejercer vigi-
lancia alguna, puesto que allí no existen fieras de nin-
guna especie, se metió en la choza con los demás via-
jeros.

Estos esperaban con impaciencia que la cena estu-
viere en disposición de ser comida, y no mentiríamos si
dijéramos que alguna mirada de deseo se dirigía casi
maquinalmente á la apetitosa carne que se doraba al
fuego.

Tom, que por su propia necesidad comprendía la ne-
cesidad de sus señores, sacó de su portátil despensa al-
gunas botellas de exquisito vino del Priorato, comprado
por Paco en Barcelona, que hicieron chispear de júbilo

los ojos de los viajeros, dispuso el servicio como se lo permitieron las dimensiones del *comedor*, y con la gravedad peculiar á sus altísimas é importantes funciones, anunció que la cena esperaba.

No hicieron los viajeros que se repitiese el aviso; cada cual se apoderó de su parte sin cumplimiento alguno, y durante los primeros momentos no se oyó en la choza otro ruido que el crugir de la galleta, el rumor de la masticacion y el chisporroteo del combustible en el hogar.

La primera libacion desató, sin embargo, las lenguas de nuestros amigos, y Aurora, que, á fuer de mujer, no podia estar callada mucho tiempo, tomó la palabra.

—Hémos aquí,—dijo,—en una region que tal vez no haya sido visitada por otros europeos que nosotros, amigos míos.

—Casi me atrevo á asegurar que sí,—respondió el doctor;—por lo menos tengo noticia de dos célebres viajeros, francés el uno y aleman el otro, que han estudiado esta parte de la cordillera.

—¿En el mismo punto en que nosotros nos hallamos?—dijo Carmen.

—¡Oh! Eso no puedo decirlo; y es muy posible que, como acaba de decir mi querida Aurora, seamos las primeras gentes civilizadas que ponen su planta en esta cumbre. De todos modos, y aunque otros se nos hayan adelantado, yo declaro francamente que tengo un gran placer en encontrarme aquí.

—Y yo tambien,—repuso Paco;—y no podeis figuraros por qué.

—Como no lo digais...

—Por estas grandes masas de nieve, esta casucha, y sobre todo, este magnífico frío, me recuerdan mis aventuras de los mares boreales.

—No hay mas diferencia,—observó sonriendo el sábio,—sino que entónces os paseábais tranquilamente sobre la helada superficie del mar, y ahora os encontráis á cerca de 14.000 piés sobre su nivel.

—Lo que es siempre una ventaja,—repuso el marino;—porque allí estaba expuesto á que la costra de hielo que me sostenia se rompiese bajo mis piés, y aquí no se corre ese riesgo.

—Segun y conforme: la superficie helada de los mares polares alcanza muchas veces cien piés de grueso y tiene fuerza suficiente para sostener, no digo á un hombre, sino á toda una ciudad; y en cambio, estas montañas, minadas continuamente por los fuegos volcánicos, pueden hundirse de un momento á otro y precipitarnos en un abismo insondable, sepultándonos bajo una inmensa mole de rocas.

—¡Bah!—exclamó el marino;—¡casualidad seria que la cordillera hubiera esperado nuestra visita para obsequiarnos con uno de sus terremotos!

—No tendria, sin embargo, nada de extraño: esos terribles fenómenos son frequentísimos en los Andes y todos los años causan numerosas víctimas. Nos hallamos precisamente en una region muy combatida por los fuegos volcánicos, cuya irresistible fuerza no encuentra algunas veces suficiente desahogo en el cráter del Peñueñes, y no me sorprenderia si en este momento se iniciase un terremoto.

—¡Diablo! —
—En estos sitios, amigo mío, eso es una cosa muy natural. Y hay que advertir que los temblores de esta región son, no solo frecuentes, sino de una fuerza espantosa, como lo prueba el hecho de que en un corto número de años Santiago haya sido destruido cuatro veces y Copiapo dos, sin que deba darse al olvido el terrible desastre que arruinó á Mendoza en 1861.

—¿Y á qué atribuis la frecuencia de esos fenómenos en los Andes?—preguntó Sir Ricardo.

—Acabo de indicarlo,—respondió el sábio;—toda esta cordillera está minada por fuegos subterráneos; y como los volcanes que rügen en algunas de sus cumbres son de origen reciente, las acumulaciones de gases y vapores no encuentran en ellos suficientes válvulas de seguridad para su salida, y producen, por consiguiente, esos desastrosos fenómenos que tantas modificaciones introducen en la estructura de estas montañas.

—¿Se conoce,—preguntó Aurora,—el verdadero origen de los volcanes?

—No lo sé, querida mia; en este punto, como en todos aquellos cuya resolucion depende de las ciencias naturales, los sábios se han dividido, acogiendo y presentando hipótesis diversas, y hoy por hoy, nadie puede decir aun cuál de estas opiniones es la verdadera.

—Probablemente lo serán todas,—dijo Sir Ricardo.

—Bien puede ser; porque los volcanes presentan diferentes efectos, y por consiguiente, es posible que obedezcan á distintas causas.

—¿Quereis, amable doctor, explicarnos algunas de esas hipótesis?—exclamó Cármen.

—Con mucho gusto, mi querida niña; ya sabeis que mi ciencia está siempre á vuestra disposicion.

—Mil gracias; empezad, pues.

El doctor bebió el último sorbo de café, encendió un cigarro, y dijo:

—Para encontrar el verdadero origen de los fenómenos volcánicos, los geólogos han creido necesario, y en mi concepto con mucha razon, conocer antes el terreno en que se halla el centro de tan terribles fuegos; y hace muchos años que se discute este problema sin que los contrincantes hayan llegado á ponerse de acuerdo. Así es que Desmarest y algunos otros atribuyen exclusivamente el origen del fuego volcánico á la inflamacion de los betunes, del carbon mineral, de las maderas fósiles y de las turbas, y en cambio, Deluc opina que el centro de los volcanes existe en cierto residuo del fluido especial de que, segun su sistema, se formó la tierra, y que el fuego plutónico es de naturaleza química muy diferente de la de los demás fuegos conocidos. Por su parte, el ilustre académico Lemery propuso una explicacion, adoptada generalmente en un principio; atribuyó los fenómenos volcánicos á la inflamacion espontánea de las piritas, é hizo muy probable semejante hipótesis con un ingenioso y notable experimento. En efecto, despues de hacer una mezcla de limaduras de hierro y azufre, la humedeció y enterró á cierta profundidad, y habiéndose calentado, acabó por inflamarse con cierta explosion y sacudimiento (1).

(1) *Diario de física*, cuad. V, 1794.

Después de este sabio, otros naturalistas han tratado de combinar ambas opiniones, considerando las piritas como asiento y causa del fuego volcánico, al paso que el fuego subterráneo se alimenta con las abundantes esquistas bituminosas y carbóneas que estratificadas suelen existir en los mismos terrenos, y se apaga cuando no halla pasto. Sin embargo de lo ingenioso de esta teoría, no alcanza á allanar todas las dificultades. Los fragmentos de granito que arrojan los volcanes, y que al parecer indican que el centro ígneo se halla debajo de la formación granítica; la larga duración de la actividad de ciertos volcanes; la imposibilidad de que los terrenos circunstantes basten para subvenir á tan abundantes erupciones, sin abuecarse ni hundirse; la fuerza inconcebible con que tan poderosas materias son arrojadas á grandísima altura, y además de tan admirable fuerza y de tan repentina explosión, la naturaleza particular de la presión volcánica, que raras veces llega á producir la vitrificación, pues más comunmente hierva que arde todas estas circunstancias inducen á creer á muchos geólogos que el centro de los volcanes existe á gran profundidad y que su actividad proviene de causas más generales, como la electricidad ó los gases elásticos encerrados en el seno del globo (1). Como veis, no se ha encontrado el verdadero origen de los volcanes, por más que todas las opiniones emitidas se basen en fundamentos bastante sólidos. Por mi parte, creo que, por más que los volcanes presenten efectos diferentes, tienen todos un origen común y ge-

(1) Faujas Saint-Fond, *Mineralogía de los volcanes*.

neral, que puede ser, segun opinion de algunos, ó la electricidad ó la dilatacion producida en los gases subterráneos por el fuego central.

—Muy bien,—dijo Aurora;—continúad vuestra leccion, mi querido profesor.

—¡Que continúe!

—Sí.

—Pero si he concluido.

—Habeis concluido lo relativo á las diferentes hipótesis sobre el origen de los fuegos plutónicos; pero aun podeis decirnos muchas cosas más. Por ejemplo, qué materias arrojan comunmente los volcanes.

—Muchas y muy diversas, querida mia. En Nueva Zelanda existe uno que no arroja más que agua caliente; en la provincia de Tucuman hay otro que deja escapar columnas de polvo; los de Jorullo, en Méjico, arrojan humo y cenizas; el de Maccaluba, en Sicilia, escupe globos de cieno; los hay que despiden materias metálicas fundidas; otros levantan columnas de fuego; pero lo más general es que arrojen piedra pomez, llamas fuliginosas y una materia particular llamada *lava* por los geólogos.

—¿Y no hay síntomas ó señales precursoras que anuncien la formacion de los volcanes?—preguntó Sir Ricardo.

—Sí, amigo mio; generalmente siéntense movimientos violentísimos que commueven la tierra en una considerable extension, prolongados rugidos y truenos subterráneos que retumban en las laderas de las montañas; se nota una gran pesadez en la atmósfera, y algunas veces una densa niebla se levanta y envuelve las cumbres de

la sierra trabajadas por las fuerzas plutónicas. Efectuábase despues un violento terremoto; la cima de la montaña se desploma ó vuela en fragmentos por el espacio, y del abierto cráter se escapan columnas de humo, haces de llamas, escorias, piedras abrasadas, torrentes de agua hirviendo, y por fin aparece la materia lívica, que se agita rebosando en los bordes del orificio, se despeña por las vertientes del cono, llega á su base y se extiende por las llanuras, arrasando cuanto se opone á su paso, salvando los obstáculos que no puede derribar y trasformando los campos más florecientes y risueños en áridos y abrasados desiertos, donde vaga la desesperacion entre ruinas humeantes. Tambien pueden ocurrir los mismos estragos sin que la lava salga precisamente por la cúspide volcánica. Demasiado compacta y pesada algunas veces para levantarse hasta el cráter, sus violentos esfuerzos se redoblan; entonces llega á hendir la vertiente de la montaña, y por aquella hendidura se despeña el torrente lívico.

—¿Cuáles son los volcanes más importantes del globo, mi querido sábio?—preguntó Cármen.

—Muchos hay importantísimos,—respondió D. Antonio;—pero entre ellos, gozan de especial renombre el de Arequipa, en el Perú; el de Popocatepetl, en Méjico; el de Pichincha, en el Ecuador; el de Peuquenes, que estamos viendo; el Hecla, en Islandia; el de Salace, en la isla de Borbon; el Vesubio, en Nápoles; el Etna, en Sicilia; los de la península de Kamstchatka; el de Muna-Huararai, en Sandwich; los que existen en Nueva-Zelanda, y finalmente, el grupo que se conoce en el Mediterráneo y que ocupa las famosas islas de Lipari. Entre los apagados los

hay tambien muy dignos de atencion, y sobre todos, merecen nombrarse el magnífico Chimborazo, el Pico de Tenerife y el Sneffels de Islandia.

—¿Sabeis,—preguntó Paco,—el número de volcanes conocidos en la actualidad?

—Sí por cierto; segun el *Anuario de la oficina de longitudes*, existen en la tierra quinientos cincuenta y nueve montes ignívos, que se distribuyen de la manera siguiente: veintidos en Europa, ciento veintiseis en Asia, veinticinco en Africa, doscientos cuatro en América y ciento ochenta y dos en Oceanía. Hay que advertir, sin embargo, que no todos estos volcanes activos son de erupcion permanente; pues hay muchos que, sin haberse apagado, están largos espacios de tiempo sin dar muestras de su terrible vitalidad.

—Decidme una cosa,—exclamó Sir Ricardo;—¿la altura del monte volcánico guarda alguna relacion con el diámetro de su cráter?

—No,—contestó el sábio,—y en prueba de ello, puedo citaros algunos ejemplos. El Vulcano tiene ochocientos metros de altura con un cráter de setecientos setenta de diámetro, y en cambio el de Salace, que se eleva á tres mil setecientos metros, tiene un cráter que solo alcanza doscientos quince. Diez metros más de altura que éste tiene el Pico de Tenerife, y su abertura no alcanza más de noventa metros; y en cambio, el Muna-Huararai, que solo mide dos mil metros de elevacion, tiene un cráter de seiscientos. La abertura de los cráteres no depende, pues, de la mayor ó menor altura de las montañas, y en mi concepto, es hija de la más ó menos firmeza del terreno, de

su naturaleza y tambien de la mayor ó menor fuerza de la erupcion, del tiempo que esta dure y de la calidad y cantidad de materias que arroje.

—¿Es cierta,—preguntó Paco,—la relacion que, al decir de algunos, existe entre diversos volcanes?

—Ciertísima,—respondió el sábio;—y un ligero estudio del asiento de los montes ignívomos basta para demostrar que no hay ningun volcan aislado. Es indudable que los numerosos volcanes de los Andes tienen entre sí una relacion más ó menos inmediata, y no es difícil que los que existen en la península de Alaska se relacionen con los de Kamstchatka y las islas Aleutianas. Del mismo modo deben corresponderse los de Sicilia, las islas de Lipari y el archipiélago griego, y se sabe que en Oceanía existe una série volcánica que comprende las Filipinas, Java, Sumatra, las Marianas, las Nuevas Hébridas y las islas de la Reina Carlota. El Atlántico encierra tambien un centro plutónico, de que hablé á Aurora en otra ocasion, y otro existe en el mar de las Indias, de que son buena prueba la isla de Amsterdam, el volcan de la de Borbon y las fuentes termales de Madagascar.

—¿Y es verdad,—preguntó Cármen,—que hay volcanes en el fondo del mar?

—Sí, hija mía; un volcan de esa especie ha dado lugar en el Mediterráneo á la formacion de numerosas islas; se sabe que existe otro en las aguas de Islandia, y varios fenómenos han demostrado la presencia de otro más cerca de las islas Aleutianas.

—¡Qué fenómenos tan extraños!—exclamó la niña.

—Eso no debe sorprendernos,—repuso Paco;—nada

tiene de particular que haya volcanes submarinos; puesto que hay tambien terremotos de ese género, y por cierto que son terriblemente peligrosos para los navegantes. En uno de mis primeros viajes, hallándome en los mares del Japon, presencié uno de estos tremendos espectáculos y puedo aseguraros que no hay nada más aterrador que la espantosa oscilación que experimentan las aguas del mar por consecuencia del desequilibrio que causan las conmociones que se producen en su fondo. Por bueno y fuerte que sea el buque que se encuentre en el teatro de este terrible fenómeno, es una casualidad, un verdadero milagro, que pueda escapar de la muerte, pues se elevan olas más altas que el tope del palo mayor, se abren abismos insondables y se establecen remolinos tan violentos que arrastrarian con su fuerza, no ya á un buque, sino á una ciudad entera.

—Nada tiene de extraño,—observó el doctor;—por el contrario, lógico es que, dadas las mismas causas, se produzcan los mismos efectos. Los terremotos, si son terribles en el mar, no lo son menos en tierra, y si en el Océano sumergen los buques, de la misma manera en los continentes arruinan las ciudades, tuercen el curso de los rios, y á veces hacen que se desplomen montañas enteras, elevando en su lugar otras de distinta naturaleza y cambiando por completo la estructura y el aspecto de las comarcas en que tiene lugar el fenómeno.

—¿Tienen los terremotos el mismo origen que los volcanes?—preguntó Aurora.

—Algunas veces son, en efecto, consecuencia de la acción de los fuegos plutónicos,—contestó el doctor;—pero

en otras ocasiones se deben á la dilatacion de los gases subterráneos, ó bien á corrientes violentas de aire, á verdaderos huracanes que se desencadenan en las grandes cavidades de la armazon interior del globo. El sábio Deluc, que tantas veces me habeis oido citar, los atribuye á la fermentacion del fluido subterráneo que considera como el residuo de las aguas madres de la tierra.

—¿Y no hay exageracion en lo que dicen respecto á que un terremoto puede cambiar por completo la forma y el aspecto de comarcas de considerable extension?—preguntó Cármen.

—No.

—Es que los sábios son á veces tan embusteros....

—En este asunto, querida, mia es inútil mentir, porque la fuerza y el poder de la naturaleza son muy superiores á la imaginacion del hombre. Respecto á vuestra pregunta, solo os citaré, para probaros que no hay exageracion, un hecho de que habla Humbolt en su *Ensayo sobre Méjico*. Un pequeño terremoto ocurrido en la isla de Timor determinó el hundimiento de un monte volcánico de considerable altura, apareciendo en el mismo lugar un pantano cenagoso. Ved qué cambio de escena tan brusco y tan radical.

—Es verdad,—dijo sonriendo la niña.

—Tengo entendido,—exclamó Sir Ricardo,—que esos movimientos de la masa terrestre comprenden á veces espacios de una considerable extension.

—Así es, en efecto,—respondió el sábio,—y en prueba de ello os citaré el terremoto de 1604, que conmovió toda la Europa y una gran parte de Asia; el de 1803, que se

sintió en Argel, Grecia, Turquía, Valaquia y las provincias meridionales de Rusia, y el célebre terremoto de Lisboa, que se hizo notar en Africa, en Noruega, en Groenlandia, en casi toda América y en una gran porcion del Atlántico.

—La fuerza subterránea que dá lugar á los temblores, ¿obra siempre de la misma manera?—preguntó Paco.

—No, y esto ha dado lugar á una clasificacion muy usada por los sábios italianos. Hay terremotos que obran en una línea *horizontal*, por lo cual reciben este sobrenombre, y que se presentan con ondulaciones semejantes á las del mar; los hay *verticales*, lo que sucede cuando se levanta una parte del terreno, hundiéndose otra, y los hay, por último, *circulares*, que tienen lugar cuando las masas de rocas y de tierra giran como sobre un eje. Así es que unas veces se observa un centro de accion donde se verifican los sacudimientos con mayor violencia, pero que cambia de lugar, como si la fuerza subterránea obrara á saltos, y otras se distingue cierta línea que parece determinar la direccion del terremoto.

—Supongo,—dijo Sir Ricardo,—que así como las tempestades y las erupciones volcánicas tienen sus síntomas precursores, tambien las tendrán los temblores de tierra.

—Pues suponeis muy mal,—contestó el sábio,—y esa carencia de señales que anuncien su proximidad es precisamente lo que los hace tan funestos, porque impide que el hombre pueda tomar precauciones. Verdad es que los precede un ruido subterráneo; pero no bien empieza á oirse, la tierra ya se conmueve, y entonces es ya inútil todo cuanto se haga. Se ha observado, sin embargo, que los anima-

les, especialmente los caballos, muestran un espanto, un temor que puede considerarse como una especie de presentimiento; pero, como comprendereis, esto es tan equívoco que no debe considerarse como síntoma del fenómeno.

—Y el barómetro,—dijo Paco,—¿no indica?...

—Es verdad que la columna barométrica experimenta una depresion considerable,—contestó el sábio sin dejar concluir á su amigo;—pero el mismo efecto se nota por otras muchas causas, y por consecuencia, es imposible guiarse por él. Por otra parte, la accion de los terremotos es tan rápida que puede llamarse instantánea, lo que hace imposible toda defensa. El sacudimiento de 1783 no duró dos minutos, y sin embargo, trastornó la Calabria y arruinó por completo á Messina.

—Y este fenómeno,—dijo Sir Ricardo,—¿no se ha observado si tiene lugar con más frecuencia en una estacion que en otra?

—No: se presenta lo mismo en invierno que en verano, haga frio ó haga calor, ya rúja la tempestad en la atmósfera, ya brille el sol en un cielo más puro que la frente de una vírgen. Lo cual indica, en mi concepto, que no tiene relacion alguna con las modificaciones atmosféricas, y que su origen es pura y esencialmente terrestre, ó por mejor decir, subterráneo. Con esto he concluido mi leccion por esta noche, si bien os haré aún una reflexion consoladora: los volcanes y los terremotos son terribles, es verdad; pero más terribles eran, sin duda alguna, puesto que su fuerza era mayor, en los primeros dias del mundo, y sin embargo ejercieron una grande y benéfica influencia en la configuracion de nuestro glo-

bo. Así, pues, cuando os exiasieis contemplando la hermosura de un valle, la elevacion de una montaña, lo extenso de una llanura, acordaos de que todas esas bellezas las debeis, en gran parte, á los terremotos y á los volcanes de las edades geológicas.

Pronunciadas estas palabras, el doctor hizo que Tom añadiese combustible á la lumbre; los viajeros se dispusieron á entregarse al descanso, y media hora despues no se oia en la choza otro ruido que el de la respiracion de nuestros amigos y el chisporroteo de la lumbre en el hogar.

El descenso de las Andes.

Quando los viajeros dejaron las durizas del sueno, se oyeron de un golpe alborzue, el sol lucia ya en el horizonte, arrojando á las laderas de las montañas, con un color vivificante, transparentes gasas de blancos vapores. El dia se presentaba hermosísimo, y en aquellas alturas, si bien se sentia un frio excesivo, parecia más hermoso soñar. No hizo espantoso más bello ni esplendidos que la salida del sol, reverberando sus rayos en una montaña cubierta de blancas nieves, á cuyo pie se extendían verdes llanuras iluminadas por los centelleantes resplandores del nacimiento astro. El que no ha visto esto, no conoce sino toda la deslumbrante hermosura, toda la magnificencia y equis de la naturaleza.

Las dos jóvenes, que en mayor grado que sus compañeros, tenían el sentimiento de lo bello, se encaramaron á lo alto de la roca que el día anterior les había ser-

lo. Así, pues, cuando se elevaba el horizonte de una montaña, la elevación de una montaña, la elevación de una llanura, en otras palabras, esas bellezas las debía, en gran parte, á los terremotos y á los volcanes de las cimas geológicas.

Pronunciadas estas palabras, el doctor hizo que Tom añadiese combustible á la lampara; las viseras se disiparon á entrase al día hora después se oía en la choza que ruido que el de la respiración de nuestros amigos y el chisporroteo de la lampara en el hogar.

El descenso de los Andes.

Cuando los viajeros, dejando las dulzuras del sueño, salieron de su pobre albergue, el sol lucia ya en el horizonte, arrancando á las laderas de las montañas, con su calor vivificante, transparentes gasas de blancos vapores.

El dia se presentaba hermosísimo, y en aquellas alturas, si bien se sentia un frio excesivo, parecia más hermoso aún. No hay espectáculo más bello ni esplendoroso que la salida del sol, reverberando sus rayos en una montaña cubierta de blanca nieve, á cuyo pié se extienden verdes praderas, iluminadas por los centelleantes resplandores del naciente astro. El que no ha visto esto, no conoce aún toda la deslumbrante hermosura, toda la magnífica armonía de la naturaleza.

Las dos jóvenes, que en mayor grado que sus compañeros tenian el sentimiento de lo bello, se encaramaron acto continuo por la roca que el dia anterior les habia ser-

vido de observatorio, ansiosas de contemplar á su placer el májico panorama que se extendia ante sus ojos.

Apenas estuvieron arriba, una y otra lanzaron un grito de asombro, y Cármen, volviéndose rápidamente, empezó á llamar:

—¡Doctor, doctor! ¡Paco! ¡Venid pronto!

Los tres jóvenes se dirigieron rápidamente hácia la roca y comenzaron á escalarla.

—¡Qué cosa tan rara!—decia Aurora.

—¡Qué maravilla!—exclamaba Cármen, dando las mayores muestras de admiración.

Reuniéronse á ellas los viajeros, y Paco lanzó en seguida una exclamacion de sorpresa.

El doctor y Sir Ricardo se contentaron con sonreir.

—Un fenómeno de óptica,—dijo éste.

—La apoteosis de los viajeros,—repuso aquel.

El espectáculo que tenian ante su vista era, en efecto, digno de admiracion.

De las vertientes occidentales de la sierra se levantaba una niebla sutil y casi trasparente, circundada por tres espléndidos arcos que ostentaban los siete colores del iris, y en medio de aquel marco resplandeciente, los viajeros vieron reproducirse su propia imágen, en un tamaño gigantesco, que se destacaba con una fidelidad maravillosa sobre el vaporoso fondo de la neblina.

—En los mares boreales,—dijo Paco,—he visto muchos y muy bellos fenómenos ópticos; pero confieso que no he contemplado nunca otro más hermoso que el que estamos viendo.

—Es, en efecto, uno de los más dignos de admiracion,

—respondió el doctor;—le observaron por primera vez los sábios académicos Lacondamine, Bouguer y Godin en la cumbre del Pambamarca, cerca de Quito, y se explica, de la misma manera que el arco iris, por la reflexion de los siete rayos solares en los vapores acuosos suspendidos en la atmósfera.

Durante largo rato permanecieron los viajeros contemplando aquel admirable espectáculo, que se fué borrando lentamente, conforme el sol se elevaba en el horizonte: descendieron luego de la roca, almorzaron con gran apetito, y acto seguido se dispusieron á dejar las cumbres de la cordillera, resolviendo hacer alto y detenerse algun tiempo en el límite occidental de las nieves perpétuas.

Cuando se iban á poner en marcha, el indio dijo con su gravedad acostumbrada:

—El terreno que vamos á atravesar es mucho más escabroso que el que hemos dejado y su paso ofrece innumerables peligros: es necesario, pues, tenerla mayor prudencia.

Y sin esperar la respuesta, Meli-Antú, armado de su largo baston, con el que tanteaba el suelo, echó á andar por la extensa meseta dirigiéndose á la vertiente occidental.

Los viajeros le siguieron sin vacilar. No tardó en indicarse la inclinacion, que fué poco á poco haciéndose más marcada, hasta formar casi un ángulo de 40°. Era necesario caminar con mucho cuidado, no solo para evitar un resbalon que podia ser mortal, sino tambien para guardarse de caer en una hondonada ó de

hundirse en la nieve amontonada en los ventisqueros.

El indio caminaba delante, siguiéndole todos los viajeros, uno tras otro, y teniendo gran cuidado de poner los piés en la huella que dejaba el que iba delante.

Siete horas duró esta peligrosa marcha, al cabo de las cuales la expedición se encontró á la orilla de un espantoso barranco, que era preciso atravesar. Afortunadamente, andando poco más de un kilómetro al Sur, se encontró un puente de maderos sujetos con vejucos, y nuestros amigos pudieron descansar en la orilla opuesta, resolviendo pasar allí la noche.

No fué esta de las más agradables, pues al anoecer empezó á caer un copioso aguacero que no cesó hasta la madrugada, y la incomodidad producida por la lluvia unida al intenso frio propio de aquellos terrenos, apenas permitió á nuestros amigos conciliar el sueño.

Al amanecer se continuó la marcha, aventurándose los viajeros por un estrechísimo sendero que serpenteaba entre grandes moles de rocas y que debía conducirlos al fondo de un barranco de gran profundidad. Al cabo de tres horas de fatigas se encontraron abajo, y á petición de las jóvenes, que á pesar de su energía casi sobrehumana se sentían desfallecer, allí se detuvieron hasta las dos de la tarde.

Aquel día mató Paço una zorra, el *canis azara* de los naturalistas, detestable alimaña que en todas las comarcas de la América meridional hace grandes estragos en los rebaños, por cuya razón se la persigue con encarnizamiento.

El doctor la desolló, guardando la piel, que tiene un

pelo bastante fino, y el cuerpo fué arrojado sobre una roca, quedando á disposicion de los condores y demás aves de rapiña de la cordillera.

Despues de comer opiparamente y con gran apetito, la caravana continuó su peregrinacion, entrando en un terreno, si bien muy malo, algo mejor que el que acababa de dejar, y llegando al ponerse el sol á una alti-planicie cubierta de succulentas gramíneas, en la cual se veian huellas del paso de algunos rebaños.

Allí se armó la tienda, y mientras Tom disponia la cena, nuestros amigos se sentaron sobre la yerba, entregándose á una agradable conversacion.

El doctor explicó á sus amigos por qué las grandes alturas tienen la propiedad de conservar su manto de nieve aun durante los meses del estío, efecto que atribuyó á la elevacion sobre el nivel del mar.

—A medida que uno se eleva en la atmósfera,—dijo,—va encontrando el aire más frio y enrarecido, y á cierta altura no tiene ya el oxígeno necesario para la respiracion, por cuya razon la vida animal es en esas regiones completamente imposible. Vosotros mismos habeis observado que, conforme íbamos ganando las mesetas superiores de la cordillera, nuestra respiracion era más precipitada, efecto debido no tanto al cansancio físico como á la rarefaccion del aire, que no suministraba á nuestros pulmones el oxígeno necesario, falta que teníamos que suplir con inspiraciones más frecuentes, lo que nos fatigaba en sumo grado. En las regiones intertropicales se puede subir, sin embargo, á más altura que en las zonas templadas sin experimentar un frio excesivo; pero no sucede

así, como ha tenido ocasion de ver nuestro marino, en las zonas glaciales, donde las nieves son perpétuas al nivel del mar. Ahora bien, si á cierta altura el frio es tan intenso que pueden helarse los hombres, ¿no es natural que la nieve no se funda?

—Naturalmente,—dijo Cármen.

—Pues la consecuencia lógica,—continuó el sábio,—es que las montañas que alcancen una gran elevacion conserven perpétuamente la nieve, y es probable que solo nieve caiga en ellas, pues es una teoría bastante admitida que la lluvia forma copos de nieve al empezar á descender, se funde en las regiones inferiores y más templadas de la atmósfera, y cae á tierra en forma de globulitos de agua.

—Lo que me extraña,—dijo Aurora,—es que la nieve se amontone con tanta regularidad por todos los lados hasta una misma altura. Parece que se ha marcado una línea perfectamente definida alrededor de la montaña.

—Esa línea,—contestó el sábio,—es un fenómeno curioso producido por las leyes del calórico y del frio, que acabo de explicar. Se la llama *línea de nieve*, y los sábios han sostenido frecuentes polémicas acerca de su elevacion. Esta línea no está siempre á una misma altura de la montaña, pues esta puede tener un clima más templado en un lado que en otro, y la línea de nieve es naturalmente más baja en el lado más frio: el cambio de las estaciones la hace tambien variar, y si en invierno la nieve se extiende casi hasta la base de la montaña, en verano no cubre generalmente más que su cúspide. Estos hechos

son facilísimos de comprender, aunque caprichosos en apariencia.

La conversacion no se prolongó mucho, pues Tom no tardó en servir la cena, y concluida esta, los viajeros se entregaron al descanso que exijian con mucha justicia dos dias de marcha por terrenos quebradísimos y una noche pasada sin dormir.

Afortunadamente, esta pasó sin novedad, y á las seis de la mañana, nuestros expedicionarios, repuestos de las pasadas fatigas, animosos y resueltos, se dispusieron á continuar su descenso.

Meli-Antú, al salir de la meseta en que habian pasado la noche, tomó por una *ladera* abierta en la orilla derecha de un torrente, y sus compañeros le siguieron en la forma acostumbrada.

Media legua más allá penetraron en una estrecha garganta estrujada entre dos cerros, que debia conducirlos á las estribaciones de la cordillera.

Aquella especie de caminos, si así puede llamárseles, no se encuentra más que en los Andes, y son efecto de la particular estructura de aquella cadena, cortada á veces por quebradas cuya profundidad no baja de dos mil piés, y que al verlos se diria que ha desaparecido toda una montaña dejando un inmenso vacío en el lugar que ocupaba. Y sin embargo, es necesario descender á aquel antro y llegar al fondo, siguiendo un camino trazado en la roca por el capricho de la naturaleza y tan estrecho algunas veces que con dificultad puede poner los cascos la mula que conduce al viajero. Frecuentemente se encuentra un puente sobre el abismo, en cuyo fondo ruge un tor-

rente impetuoso; pero aquel puente, hecho con cuerdas y lianas, se balancea como una hamaca por efecto de los pasos del viajero, que se siente atraído por el abismo.

El que viaja por Europa, en medio de una naturaleza dulce y apacible, no puede formarse idea del aspecto salvaje que presenta el camino que hay que seguir para atravesar los Andes: el paso de los Dofrines, de los Alpes, de los Pirineos ó de los Carpatos no es nada en comparacion, y el peligro es nulo con respecto á los que se corren en aquellas sendas andinas, en que la vida se halla expuesta á cada paso. Los mulos resbalan sobre la estrecha rampa, rompen el frágil puente de cuerdas y giran en el vacío, arrastrando á sus ginetes, que se destrozan en las agudas rocas. Estas desgracias son frequentísimas; y sin embargo, es tal la apatía de los habitantes de aquellas regiones, que es raro que se componga un puente, aun en los caminos más frequentados: es preciso una necesidad imperiosa ó que la cortadura sea completa para que se decidan á poner maderas ó cuerdas nuevas en el puente ó á componer los pretilos.

Pero el camino que seguian nuestros expedicionarios no estaba trazado por la mano del hombre, y ni aun puentes de lianas tenia: algunas veces se detenía ante un riachuelo, que era necesario vadear, para escalar despues una empinada roca, detrás de la cual se volvía á encontrar el agua, que era preciso atravesar de nuevo, sin saber si llegarían á algun otro sitio del cual fuera imposible pasar.

A pesar de estas dificultades, la caravana salió de la cañada poco despues de las tres de la tarde, entrando en

un estrecho valle cubierto de vegetacion y limitado por pequeñas colinas. Al pié de una de ellas se deslizaba un rio de poca consideracion, que pasaron nuestros viajeros, subiendo luego la suave pendiente que conducia á la cumbre.

—Nos hallamos,—dijo el doctor,—en las estribaciones de la cordillera, y, ó mucho me engaño, ó á la otra parte de este cerro debemos encontrar á Mingo con nuestras galeras.

Meli-Antú, que habia oido estas palabras, hizo una señal de asentimiento.

Pronto llegaron á la cumbre de la colina, presentándose ante sus ojos un estenso valle, en el cual empezaba una profunda cañada que se perdia entre las faldas de las montañas.

Era el portillo de Peuquenes.

Cerca de la cañada, y bajo un verde bosquecillo, vieron nuestros amigos un grupo compuesto de dos galeras, algunas caballerías y cinco hombres, uno de los cuales se distinguia por su elevada estatura y su rústico traje.

No tardaron los expedicionarios en ser vistos por los que esperaban su llegada, y el fiel Mingo, pues él era, con los cuatro mozos, salió rápidamente á su encuentro.

—Amigos,—dijo el interesante patagon, dejando ver en sus ojos una expresion de franca alegría.

El doctor, las dos jóvenes y el resto de los expedicionarios apretaron con afecto la mano del indigena, cuyo pintorreado rostro se dilatava con una benévola sonrisa, y todos juntos se dirigieron al grupo de árboles bajo cuyas ramas se habia establecido el campamento.

Cármén encontró allí su potra blanca, más altiva y hermosa que nunca, y enseñó al patagon la linda vicuña que su colega pehuenche había capturado en las mesetas de los Andes.

El pobre animal, de índole naturalmente apacible, había perdido ya sus salvajes hábitos de libertad, acostumbrándose á la compañía del hombre, y se dejó acariciar mansamente por el patagon, que no cesaba de sonreír viendo á Cármén feliz y satisfecha.

La hermosa Andina fué trabada, dejándola en libertad de pacer entre los caballos las succulentas yerbas del valle; se descargaron las mulas, cuyas cargas volvieron á su acostumbrado lugar en la galera de los equipajes, y Tom, que aun en las más críticas circunstancias no daba jamás al olvido sus deberes, se preparó á disponer la cena.

Afortunadamente la caza abundaba en aquel pintoresco valle, y Mingo había aprovechado el tiempo matando diferentes aves, de que se apoderó el negro, proponiéndose hacer con ellas un delicioso salmorejo.

Por su parte, las jóvenes se ocuparon primeramente de mudar sus ropas, algo súcias y derrotadas por siete días de marcha á través de la cordillera más escarpada del globo, por trajes más cómodos y propios para viajar por las llanuras, y media hora despues salieron de su ambulante tocador completamente trasformadas.

Al anochecer se sirvió la cena, que para celebrar la reunion, fué verdaderamente espléndida; se tomó mate en vez de café, haciendo uso de las características *bombillas*, y en tanto, Mingo relató brevemente y con su laconismo habitual su paso por el desfiladero de Uspallata.

Este se habia verificado sin tropiezo ni dificultad alguna: habian encontrado dos numerosísimos rebaños, que iban á venderse en los mercados chilenos, y tres recuas de mulos cargados con productos de este país, que se dirigian á San Luis y Mendoza. Al finalizar el tercer dia de viaje llegaron Mingo y sus compañeros á Santa Rosa de los Andes, y al siguiente se encaminaron al portillo de Peuquenes, donde debian esperar á sus señores.

Concluida la cena se encendieron los cigarros, cuyo azulado humo fué á perderse entre la verde fronda de los árboles, y se puso á discusion el programa del viaje por las comarcas chilenas.

El doctor sacó su mapa, le echó una ojeada, y despues de un momento de reflexion, dijo:

—Mi opinion es la siguiente: desde aquí nos dirigimos á Santa Rosa, separándonos allí definitivamente de nuestros vehículos, que ya no serán necesarios, pues la comunicacion entre las diversas poblaciones de Chile es facilísima. En esta villa nos haremos con un coche de camino, y llegaremos á la capital de la república, poblacion de mucha importancia, en la cual debemos detenernos lo menos ocho dias. De Santiago á Valparaiso existe una línea férrea, y por consiguiente nuestra traslacion á este último punto es tan fácil y cómoda como en Europa.

El doctor calló y miró fijamente á sus compañeros, que guardaron silencio.

—¿Qué os parece?—preguntó:—¿se aprueba mi proposicion?

—Sin duda,—contestaron las jóvenes.

—Entonces permitidme que os dé un consejo: estamos

rendidos, no hemos llegado al término de nuestro viaje, y por consiguiente, no debemos malgastar nuestras fuerzas: basta de conversacion, y demos al descanso lo que le pertenece.

Nadie hizo objecion á estas palabras: la reunion se disolvió, subieron las jóvenes á su ambulante dormitorio, y sus compañeros se tendieron bajo la tienda, sirviéndoles de colchones una mullida alfombra de yerba.

CAPITULO XIII.

En Chile.

El territorio de la República chilena está situado sobre la costa occidental de la América del Sur, entre los 25° y 43° de latitud austral y los 63° y 68° de longitud al Oeste del meridiano de Madrid. Sus límites son, al Norte la república de Bolivia, al Este la cordillera de los Andes, que la separa del territorio argentino, al Sur la Patagonia, y al Oeste el Grande Océano, llamado más comunmente Océano Pacífico.

Chile fué antiguamente habitado por los indígenas araucanos y por los pueblos patagónicos de pehuenches, huiliches y molucas en su parte meridional: el Norte lo ocupaban los mapochos y coquimbos, á quienes intentaron dominar los incas del Perú, siendo rechazados por los indómitos araucanos.

En 1835, ya descubierto el Perú y bastante adelantada su conquista, el adelantado D. Diego de Almagro

fué el primero que penetró en las comarcas chilenas, despues de alcanzar con trabajos innumerables las altiplanicies que se encuentran entre el Cuzco y Tucuman, y atravesando las nevadas y terribles cordilleras que median entre el interior y la costa. Es asombroso lo que tuvieron que andar y sufrir para llegar hasta allí, y más extraordinario aún el regreso, al través del arenoso desierto de Atacama, que ocupa un espacio de 300 leguas, sin que en él se encuentren una gota de agua ni un tallo de yerba.

Este descubrimiento, efectuado por Almagro, fué infructuoso para sus compañeros y costosísimo para él, pues en vez de las riquísimas y feraces comarcas que esperaban encontrar, hallaron un país tan pobre que pronto desearon volver á la espléndida capital del Perú. Almagro habia adelantado á sus compañeros más de millon y medio de duros; pero viendo lo estéril de la expedicion, su nobleza le impidió hacer reclamacion alguna, y en uno de esos rasgos superiores á todo elogio, quemó en presencia de sus deudores los documentos otorgados en su favor.

Fracasada esta primera tentativa, emprendió otra Pedro de Valdivia, fundador de la ciudad de Santiago, que fué muerto en un combate con los indómitos araucanos y cuyas hazañas han sido cantadas en un bellissimo poema por su compañero el soldado y poeta D. Alonso de Ercilla. Francisco de Villagra y Garcia Hurtado de Mendoza lograron al fin completar la conquista, y el territorio chileno fué erigido por el gobierno español capitania general, dependiente del vireinato del Perú.

Desde entonces Chile siguió la misma suerte que las demás colonias españolas del Sur de América; á principios de este siglo estalló la insurrección contra la metrópoli, y los descendientes de los antiguos araucanos no se estuvieron quietos ni anduvieron remisos para proclamar su independencia.

El general argentino San Martín pasó los Andes con un pequeño ejército de 3.000 hombres para apoyar la libertad de Chile, y después de una lucha encarnizada, aquel territorio se declaró libre, constituyendo su gobierno bajo la forma republicana.

Numerosas y sangrientas, aunque breves, discordias civiles saludaron la aurora de aquella nación; más luego cesaron casi por completo, permitiendo que el país progresara y se engrandeciera. A la sombra de la paz y del orden se desarrollaron rápidamente el comercio, la agricultura y la industria minera, que apoyadas y fomentadas por un gobierno liberal y patriota, dieron trabajo y sustento á todas las clases de la sociedad.

La topografía de la república, que forma una faja estrecha entre la cordillera y el mar, favorece eficazmente la práctica del orden; y el carácter de sus habitantes, menos ardiente y belicoso que el de sus vecinos, ha hecho de Chile una excepción entre las demás repúblicas hispano-americanas. Existen en Chile casi todas las innovaciones y adelantos de la civilización europea, y algunos de éstos, como el establecimiento de la línea telegráfica y de un ferrocarril entre Valparaíso y Santiago, hacen honor á la nación chilena.

Por desgracia, esa prosperidad y el ver que las otras

repúblicas sud-americanas son realmente inferiores á ella, ha producido en la poblacion, y especialmente en la clase ilustrada, tan excesivo amor propio, que no se contentan con pregonar que su país es el más adelantado entre los diversos pueblos de la América meridional, sino que llegan á figurarse que solo Francia, Inglaterra ó los Estados-Unidos pueden competir con ellos. Tan exajerada vanidad tiene tambien sus desventajas; pues ha producido cierta frialdad hácia Chile de parte de sus vecinos, para quienes los chilenos tienen más bien un orgulloso desprecio que una sincera amistad.

Chile exporta cereales para todo el Pacifico y la Océania; caballos para las repúblicas del Norte, minerales de diversas especies para Europa, de quien recibe una numerosa importacion. Sostiene con la República Argentina un comercio bastante activo; produce muy buenos vinos, y los trabajos de las minas y del curtido, la fabricacion del jabon y las manufacturas de lana dan al hombre activo y trabajador una ganancia que le permite vivir con desahogo.

Su sistema de gobierno es la república unitaria: el poder ejecutivo es ejercido por un presidente que se renueva cada cinco años, auxiliado de un gabinete compuesto de seis ministros: el poder legislativo reside en el Senado y la Cámara de los diputados.

Las costumbres de la poblacion chilena son, como en la mayor parte de la América del Sur, completamente españolas. El chileno es franco, amable y hospitalario, aunque algo ignorante generalmente; sin embargo, la clase elevada posee una gran ilustracion, y bajo este punto de

vista puede rivalizar con la más distinguida aristocracia europea.

Las mujeres son de muy buena figura, morenitas, muy graciosas y sumamente amables; su trato es muy agradable, si bien les falta mucho, preciso es confesarlo, para poseer las distinguidas cualidades sociales que hacen tan seductoras á las porteñas. Es verdad que la educacion femenina está en Chile algo descuidada, si bien es de esperar, atendidos los buenos antecedentes de esta nacion, que no pasará mucho tiempo sin que tan importante asunto sea atendido como merece.

Volvamos ahora á nuestros viajeros.

Al amanecer del dia 5 de Noviembre, despues de una noche perfectamente tranquila, se hallaban ya estos en disposicion de continuar su larga peregrinacion. Tom se ocupaba del almuerzo, posesionado de su ambulante cocina; los granjeros aparejaban los caballos, y no tardaron en abrirse las cortinas de la galera, apareciendo los hermosos y risueños rostros de las dos jóvenes.

Paco y el doctor corrieron á ayudarlas á bajar, y poco despues el negro les sirvió un magnifico pavo asado, seguido de una riquísima sopa de galleta y leche, que el patagon se habia procurado en un rancho de pastores no muy lejano.

Concluido el almuerzo con el imprescindible café, las jóvenes volvieron á la galera, los viajeros montaron á caballo, y precedidos de los dos indios, rompieron la marcha para salir del valle.

Durante media mañana caminaron por una hermosa pradera en la que pastaban numerosos rebaños de gana-

do mayor, que dieron al sábio una alta idea del estado de la riqueza pecuaria en aquellas comarcas y pusieron en grave peligro la vida de Sir Ricardo.

Habíase este alejado un instante de la caravana con el intento de matar algunas de las numerosas aves que se veían entre los árboles aislados que se encontraban en la pradera, acercándose á un rebaño con la vista fija en una magnífica garza de larga cola y bellísima cresta que quería regalar al doctor, cuando un terrible mugido y un grito alarmante del patagon le hicieron volver la cabeza, olvidando la codiciada ave.

El peligro era inminente: un magnífico toro se había separado del rebaño y corria hácia Sir Ricardo con la rapidez del huracan, arrojando llamas por los ojos y un torrente de vapor por sus dilatadas narices.

Sir Ricardo, preocupado con la caza, no había reparado en tal cosa; pero afortunadamente Mingo lo vió, y su penetrante grito avisó al inglés, que volvió la vista, precisamente en el instante que el toro, ya á muy corta distancia, bajaba la cabeza preparándose á embestir.

Por suerte, Sir Ricardo era un consumado jinete y montaba además un caballo de primer orden: un rápido movimiento lateral libró al noble corcel del peligro que le amenazara, y en tanto que el toro pasaba rápidamente por su lado, arrastrado por la violencia de su carrera, el inglés volvió riendas, dirigiéndose á escape á donde estaban sus compañeros.

No tardó el toro en lanzarse tras él, y ya Mingo y Meli-Antú corrian hácia el perseguido inglés, armados de sus lazos, para detener al furioso animal, cuando dos pas-

tores chilenos, dos indios de los llamados *guasos*, ginetes en caballos ensangrentados por los puntiagudos acicates que calzaban en sus piés desnudos, aparecieron entre los árboles, corriendo tras el toro; prontos á arrojarle sus terribles lazos.

A la distancia conveniente, uno de los pastores arrojó su cuerda, cuyo nudo corredizo prendió en un asta del toro; acto continuo, el segundo enlazó la otra asta, volvieron riendas, y algunos instantes despues, el toro, detenido por los fuertes lazos en medio de su furiosa carrera, era conducido al rebaño, á pesar de su resistencia.

Sir Ricardo hubiera querido dar las gracias y hacer una pequeña expresion á los dos *guasos*; pero estos, una vez devuelto el toro al rebaño, se alejaron de aquel sitio, y el inglés tuvo que seguir su camino sin hacerles presente su gratitud.

—Por lo que acabamos de ver,—dijo Aurora,—los toros de esta tierra son algo más bravos que los de las Pampas.

—Está fuera de duda,—dijo el doctor;—los toros de Chile, Bolivia y el Perú son los más feroces de toda la América, y su bravura es aun mayor que la de los famosos de Andalucía. Mucho se alegrarian los españoles si tuvieran toros de esta especie para destinarlos á las corridas.

—¡Vaya un gusto raro!—exclamó Carmen haciendo un gestecillo de desagrado.

—¡Vamos, vamos!—dijo el doctor;—no os mostreis tan desdeñosa hácia las corridas de toros: tambien en América las hay, y por cierto que gustan mucho.

—Por mi parte,—repuso Paco,—puedo decir que he visto algunas en la Habana, Montevideo y Buenos-Aires. —¿Y no habeis notado alguna diferencia entre las de España y las de los dos últimos puntos que habeis nombrado?—preguntó Cármen.

—¡Oh! Sí; aquí no se vierte sangre.

—Pero, en cambio,—observó el doctor,—se vierte con más ferocidad aun que en nuestra patria en Lima....

—Nada tenemos que ver con Lima ni con otras poblaciones; yo defiendo á Buenos-Aires, y tendreis que confesar que los porteños no tenemos la afición á la sangre que se revela en las fiestas de toros españolas.

—Eso puede consistir,—dijo Sir Ricardo,—en que, no teniendo los toros argentinos la bravura de los de Andalucía y la Mancha, no sirven tampoco para corridas de muerte.

—¡Oh! No es eso, amigo mio,—respondió Cármen;—toros tenemos nosotras en nuestras estancias de Tucuman que no ceden en bravura á los de España ni á los del Perú, y precisamente entre ellos se escogieron los que debían correrse en Buenos-Aires cuando quisieron aclimatarse entre nosotros esas sangrientas fiestas. Pero el público no demostró afición á ese terrible espectáculo, y el empresario, despues de dos corridas, en que salió perdiendo, tuvo que deshacerse del ganado y mandar sus toreros á España.

—De lo cual deducis....

—Que en este punto,—respondió sonriendo Cármen,—somos algo superiores á vosotros, ó que, por lo menos, demostramos sentimientos más humanos.

El doctor se volvió á Aurora y la preguntó:

—¿Habeis visto en España alguna corrida de toros?

—En Cádiz asistí á una,—contestó la jóven;—á lord Kennedy le gustaban mucho.

—¿Y qué os pareció?

—Una barbaridad,—contestó con la mayor lisura la viajera.

El doctor no esperaba una respuesta tan clara, y no pudo menos de manifestarse sorprendido.

—Encontré en ella,—añadió Aurora,—un lujo de horror que por ningun concepto puede excusarse, y no me explico cómo hay gentes que se complazcan en contemplar la agonía de unos pobres caballos, la furiosa rabia del toro y el inminente peligro de los toreros. Evidentemente, los españoles no tienen derecho de calificar de bárbaros á los antiguos romanos por sus luchas de fieras y sus combates de gladiadores; pues, aparte de las diferencias introducidas por la marcha de los tiempos, hay un gran parecido entre unas y otras.

—Sin embargo...

—Basta de discusion,—exclamó Cármen:—no permito que en mi presencia se continúe hablando de ese asunto, y no comprendo cómo el doctor, que es un hombre de buenos sentimientos, lleno de ciencia y dotado de cualidades inmejorables, se hace abogado de esos espectáculos abominables. Santo y bueno que se mate á los toros, puesto que su carne nos alimenta y es además un importante artículo de comercio; pero quíteseles la vida sin atormentarlos, y no se fomenten los malos instintos del hombre endureciendo su corazon con la vista de la sangre.

El doctor no replicó, porque comprendió que, despues de todo, Cármen tenía razon, y espoleando á su caballo, se fué á charlar un rato con los dos indios.

A las once salieron de la pradera, entrando en un camino bastante malo que serpenteaba por las faldas de la cordillera.

—El camino de Loja á Santa Rosa,—dijo el doctor, que habia vuelto á reunirse con sus compañeros;—no tardaremos en encontrar una parada de postas.

En efecto, una hora despues se vió en un recodo del camino una casa de adobes y maderos, cubierta de paja, unida á un extenso corral en que habia mas de cincuenta caballos.

Era una casa de postas, que tenia tambien algo de figon ó posada.

—¿Quereis que nos detengamos en ese *hotel*?—preguntó el doctor á las jóvenes.

—Sí por cierto,—contestó Aurora;—veremos qué comodidades proporcionan al viajero los mesones chilenos.

—¡Hum!—exclamó Paco;—se me figura que se han de parecer mucho á las de las posadas de mi tierra; y en ese caso, más nos valdria seguir adelante.

—Veo, mi querido capitán,—dijo sonriendo Aurora,—que no teneis las cualidades del viajero: sois cómodo hasta dejarlo de sobra, y el que os oyera no creeria de seguro que érais uno de aquellos valientes aventureros de los mares polares.

—Que me lleve el diablo si no quiero mejor mi casa de nieve de la isla de Melville que las posadas infernales de algunos países. Vos solo habeis viajado á lo grande,

hospedándoos en los más elegantes hoteles, derramando el oro, y no sabéis lo que son los mesones: si hubiérais recorrido las montañas de Galicia y las llanuras de la Mancha, hablaríais de otra manera.

—¿De veras?—exclamó Cármen.

—Paco exajera,—observó el doctor;—es verdad^o que no encontraremos en esa posada las comodidades de un hotel de Paris ó Ginebra, pero no creo tampoco que nos traten tan mal como en los mesones de Galicia.

—Y en todo caso,—añadió Cármen,—siempre habremos conocido los adelantos de Chile bajo este punto de vista. Hemos venido á estudiar, á aprender, no á buscar comodidades, y suceda lo que quiera, no debemos quejarnos. ¿Digo bien, doctor?

—Hablais como un libro, querida mia.

Pronto llegaron á la rústica casa, de la cual, al ruido de los caballos y las galeras, salió un hombre en cuyo semblante vió nuestro sábio antropólogo los caracteres fisonómicos de un *mestizo*, como llaman en América á los hijos de un blanco y una india.

La caravana se detuyó ante la puerta de la posada; las dos jóvenes bajaron de la galera, los viajeros echaron pié á tierra, y el mesonero, acercándose á ellos, se puso á su disposicion.

Los introdujo en una especie de sala, situada en el piso bajo, en la cual no habia más muebles que una larga mesa y un banco del mismo tamaño arrimado á la pared.

—¡Magnífico hasta dejarlo de sobra!—exclamó Paco sentándose en un extremo del banco;—¡se me figura que estoy en mi tierra!

El doctor, sin hacer caso de las exclamaciones de su amigo, hizo que el mesonero les sirviese algunos manjares, y poco despues humeaba ante los viajeros una gran fuente llena de un guiso de carnero que exhalaba un olorcillo á especias muy propio para excitar el apetito.

Sirviéronse nuestros amigos, y despues de haber probado aquel guiso, Paco tuvo que confesar que las posadas de Chile, por lo menos bajo el punto de vista gastronómico, eran algo mejores que las de Galicia.

El posadero puso sobre la mesa una jarra llena de vino blanco, y Sir Ricardo, llenando los vasos, dijo:

—Tengo entendido que el vino de esta tierra es bastante bueno; veamos si miente la fama.

Bebieron todos, y el doctor declaró que el producto de las uvas de Chile era tan bueno como el tan afamado vino de Rueda.

El segundo plato consistió en una pierna de carnero asada con patatas; los postres, en riquísimos albérchigos, y la comida concluyó con una taza de *mate* acompañada de unas gotas de *chichó*.

—¿Os habeis convencido,—dijo Aurora al capitan,—de que esta posada no es tan mala como decíais?

—Sí, señora,—contestó Paco.

—Pues si es una verdadera fonda,—exclamó el doctor;—eso enseñará á nuestro marino á no juzgar por las apariencias.

Poco despues los viajeros salieron de la posada; Paco pagó el gasto, y la caravana se alejó de aquel sitio, dirigiéndose á Santa Rosa.

Faltaban cuatro leguas para llegar á esta poblacion,

y era necesario darse mucha prisa para alcanzarla antes de que cerrase la noche.

Aguijoneóse, pues, al ganado, y á las seis de la tarde, despues de haber encontrado numerosas huertas y tierras labradas, se vió en un recodo del camino la poblacion de Santa Rosa, rodeada de un bello paisaje lleno de árboles y flores.

—Supongo,—dijo Carmen,—que encontraremos ahí una posada decente donde albergarnos.

—Así lo espero,—contestó el geógrafo;—Santa Rosa tiene un gran movimiento, como que es el paso de todo el comercio que se hace entre Chile y las provincias argentinas, y es indudable que contará con alguna fonda, ó por lo menos, con alguna hostería.

Media hora despues entraba la caravana en las calles de la poblacion, y el doctor se disponia á preguntar dónde se hallaba la posada, cuando sus miradas tropezaron con una muestra colgada sobre la gran puerta de una de las primeras casas.

Aquella muestra decia: *Fonda de los dos condores*.

Entraron en ella nuestros viajeros, tomando posesion de unas habitaciones bastante cómodas, y la mujer del fondista, cuyo acento revelaba su origen francés, se puso acto seguido y con suma amabilidad á disposicion de las jóvenes.

A las diez de la noche, despues de una cena exquisita, nuestros amigos se tendieron en muy buenos lechos, durmiendo como lirones hasta las siete de la mañana siguiente.

—Exactamente: anoche, cuando salía ya acostada, me acordé de haberla oído decir que su papá residía generalmente en una quinta que poseía en Santa Rosa de los Andes, y quiero saber si por casualidad se encuentra aquí mi antigua compañera.

—Sabes, por ventura si he vivido ya de Nueva-York—

CAPITULO XIV.

Una antigua amiga.

Los lechos de las dos jóvenes se habían dispuesto en una espaciosa estancia con ventanas á un extenso jardín lleno de flores y árboles frutales.

Un alegre rayo de sol, penetrando en el dormitorio, despertó á las viajeras, y esperando el desayuno, las dos jóvenes se pusieron á charlar de cama á cama.

—¿Te acuerdas,—preguntó Carmen á su hermana,—de una de mis antiguas compañeras de colegio....

—Cómo me he de acordar, loquilla,—interrumpió Aurora,—si no he conocido á ninguna.

—Bien, pero en varias de mis cartas te he hablado de ella, porque era mi mejor amiga....

—Si; te referes, sin duda, á Clotilde Cervera; una niña, hija de un rico propietario de Santiago, á quien su papá llevó á Nueva-York poco despues de tu entrada en el colegio....

—Exactamente: anoche, cuando estaba ya acostada, me acordé de haberla oído decir que su papá residía generalmente en una quinta que poseía en Santa Rosa de los Andes, y quiero saber si, por casualidad, se encuentra aquí mi antigua compañera.

—¿Sabes, por ventura, si ha vuelto ya de Nueva-York?— preguntó sonriendo Aurora.

—Si por cierto; como que á su paso por Buenos-Aires se detuvo con su papá tres días en nuestra casa, y por mi orden los acompañó Pedrillo hasta el paso de Uspallata.

—Pero lo más natural,—dijo Aurora,—es que siendo una jóven rica y de buen tono resida en Santiago....

—¿Eso qué importa? Ahora precisamente empieza el verano, y nada tendría de particular que estuviese en el campo. De todos modos, si no está aquí, tendré noticias de ella, y tal vez pueda abrazarla cuando pasemos por Santiago.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y apareció una criada con dos servicios de chocolate que tomaron las dos jóvenes.

— Poco despues entró la dueña de la fonda, que venia á saludar á las viajeras y á ponerse á sus órdenes.

—Madame Leontina,—la dijo Cármen en correcto francés,—¿conoceis á un señor D. Alejandro Cervera, que, segun mis noticias, tiene una magnífica casa de campo en las cercanías de esta poblacion?

—¡Oh! Sí, señorita,—contestó la fondista;—Don Alejandro es muy conocido y muy respetado en Santa Rosa; como que es propietario de casi todo el terreno que rodea esta poblacion.

—¿Y conocéis á su hija?

—¡Muchísimo, señorita! Viene con mucha frecuencia á la quinta, y ahora precisamente la tenemos aquí con su papá.

—¿Está en Santa Rosa?—exclamó con alegría Carmen.

—Desde hace cuatro dias: ¿Acaso es vuestra amiga la señorita doña Clotilde?

—Sí por cierto; pasamos juntas seis años en un colegio de Nueva-York...

—¿Deseáis que se la haga saber vuestra llegada?—preguntó la fondista.

—Si no os sirve de molestia....

—¡Oh! muy al contrario.

—Hacedme, pues, el obsequio de darme esa bolsa que veis sobre la mesa, y os daré una tarjeta.

La fondista dió á Carmen una elegante bolsa de viaje; la jóven sacó de ella un bello tarjetero de nácar, tomó una tarjeta y debajo de su nombre escribió:

«He llegado anoche con mi hermana y varios amigos, y estoy impaciente por abrazarte y saludar á tu papá.»

—¿Está muy lejos la quinta?—preguntó la jóven.

—No; desde estas ventanas podeis verla perfectamente, —contestó la francesa.

—Tened, pues, la bondad de enviar esta tarjeta con un mozo, y encargadle que la entregue á Clotilde ó á su papá.

—Muy bien, señorita; ¿mandais algo más?

—No por ahora; gracias.

La fondista saludó sonriendo y salió de la estancia.

Cármén y Aurora abandonaron sus lechos; se vistieron y peinaron rápidamente, y al salir de su cuarto encontraron ya á los tres jóvenes que se paseaban por la sala.

—Os anuncio una visita,—dijo Cármén apenas los vió.

—¡Una visita!—exclamó el doctor;—¿y de quién?

—De una niña lindísima; de una chilena que reúne la educacion de las neo-yorkinas á la distincion de las porteñas y á la hermosura de las peruanas.

—¿Y quién es esa divinidad, esa mujer modelo, esa maravilla?—preguntó sonriendo Paco.

—Señor marino,—exclamó Cármén;—para vos no debe haber otra divinidad, otra maravilla que yo: no lo olvidéis.... ú os castigaré poniéndoos mala cara hasta que salgamos de Chile. Ahora, sabed que esa niña es una de mis antiguas compañeras de colegio, mi mejor amiga, y que se llama Clotilde Cervera.

—Tal vez la conozca yo,—dijo Paco.

—No, señor marino, no la conoceis: cuando estuvisteis en Nueva-York, después de vuestra expedicion á los mares polares, Clotilde aún llevaba pantalones, y por consiguiente, no asistió al célebre baile en que tan galante estuvisteis conmigo. Así es que no podeis conocerla.

—¡Carmencita!—dijo en aquel momento, fuera de la sala, una voz desconocida.

Cármén corrió á la puerta, al mismo tiempo que aparecia en ella un hombre de cincuenta años, vestido con sencillez, y de fisonomía respetable y benévola.

—Adelante, don Alejandro, adelante,—dijo Cármén

tendiéndole su pequeña mano;—tengo un gran placer en volveros á ver.

—Y yo tambien, caramba,—contestó don Alejandro, que parecia un hombre muy sencillote, estrechando con sus dos manos la diminuta de Cármen;—yo tambien lo tengo en veros por estas tierras, y Clotilde lo tendrá mayor aún.

—¿Pues qué?—exclamó la niña,—¿ignora todavía mi llegada?

—Sí; es algo perezosa, y aun estaba acostada cuando llegó el mozo con vuestra tarjeta, que yo recibí. Ya conocéis mi carácter, y por consecuencia no necesito deciros que al momento dí orden de que se dispusieran habitaciones para vosotros, viniendo á buscaros en seguida.

Y dirigiéndose á los jóvenes, añadió:

—Así, pues, señores, estamos aquí de sobra.

—Señor don Alejandro...—exclamó Aurora.

—Nada, nada,—interrumpió el rico chileno;—no admito excusas de ningun género. ¡Vaya! ¡Bonita campaña armaria mi hija, si estando vosotros en Santa Rosa os dejase permanecer en la fonda! ¡A casa, á casa!

—Permitidme siquiera, que os presente estos señores,—dijo sonriéndose Cármen.

—¡Ah! Bueno, no hay inconveniente; pero no es necesario.

Cármen indicó á Aurora y dijo:

—Mi hermana.

—¡Oh! Muy guapa, tan guapa como vos,—respondió don Alejandro estrechando una mano de Aurora.

—El señor don Antonio Martin Bez,—prosiguió Cár-

men indicando al doctor;—un sábio de primer órden, médico, geógrafo, naturalista é individuo de todas las corporaciones científicas creadas y por crear.

—Y vuestro novio,—dijo el chileno.

—No, amigo mio,—dijo imperturbable la niña,—novio de mi hermana, y dentro de muy poco...

—¡Bah! Por supuesto; continuad, hija mia.

—Sir Ricardo Gladstone,—dijo Cármen señalando al inglés, que saludó.

—Muy señor mio,—respondió el chileno devolviendo el saludo.

—Y por fin,—repuso la niña asiendo una mano de su amante,—el capitán Paco Arias, el rey de los marinos, el héroe de los mares boreales, capitán de la fragata *Aurora*... y mi novio.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Guapo mozo!—exclamó el rico chileno estrechando cordialmente la mano del marino:—me alegro mucho de conoceros; he leído muchas veces la relación de vuestras aventuras en los mares del Norte, y francamente, confieso que admiró vuestro valor y vuestra ciencia. ¡Qué viaje! ¡Cuántas privaciones! ¡cuántos trabajos!...

Evidentemente, don Alejandro tenía el defecto de ser un poco hablador.

—Caballero,—contestó Paco algo ruborizado por los elogios;—no merezco tanto: hice lo que pude y muchos de mis compañeros se distinguieron más que yo.

—Ahora que ya nos conocemos,—dijo don Alejandro,—es como si fuéramos antiguos amigos. Así, pues, nada de cumplidos; yo soy americano hasta la punta de las

uñas, es decir, más franco que el vuelo de un condor, y no me gustan las tonterías de la etiqueta. Pero estamos perdiendo tiempo: Clotilde estará ya levantada y quiero que la demos una buena sorpresa.

—Estamos á vuestras órdenes,—dijo el doctor, inclinándose cortesmente.

Las dos jóvenes se pusieron los sombreros, y seguidas de sus dos compañeros y de don Alejandro, salieron de la fonda.

Pronto llegaron á la magnífica quinta del rico chileno, situada como á unos quinientos pasos del pueblo, y despues de cruzar una verja de madera pintada de encarnado, adelantaron por una hermosa calle de árboles, á final de la cual se veían las anchas escaleras de piedra que conducían á la casa.

Sobre ellas apareció en aquel momento una preciosa joven vestida de blanco.

—¡Clotilde! ¡hija mia! —empezó á gritar don Alejandro:—¡aquí está Carmen! ¡aquí está tu amiga!

La joven pareció un instante como sorprendida ante la presencia de aquellos desconocidos; pero las palabras de su padre no dejaban lugar á dudas, y lanzando una exclamacion de alegría, se precipitó por las escaleras, corriendo rápidamente al encuentro de los recién llegados.

Cármén, por su parte, se dirigió á ella con los brazos abiertos, y las dos niñas se abrazaron estrechamente y cambiaron una porcion de besos.

En seguida, Clotilde se dirigió á Aurora, á quien reconoció, ó mejor dicho, á quien adivinó por su gran pa-

recido con Carmen, y la abrazó y besó como á su amiga. Luego saludó á los tres jóvenes con una gracia llena de distincion, y al fin, dirigiéndose á su padre; dijo con acento de tierna reconvencion:

—¡Sois un pícaro! Si sabiais que Carmen y estos señores habian llegado á Santa Rosa, ¿por qué no me lo dijisteis y hubiéramos ido juntos á buscarlos?

—¿Y qué más dá?—exclamó el buen don Alejandro;—por otra parte, yo no lo he sabido hasta hace una hora, estabas durmiendo, y no quise despertarte para dar á Carmencita el gusto de causarte una buena sorpresa.

—En ese caso, muchas gracias,—contestó sonriendo Clotilde;—ahora, vamos á casa: estos señores necesitarán indudablemente descansar...

—¡Oh! No por cierto, amiga mia,—contestó Aurora;—llegamos anoche muy temprano y hemos descansado perfectamente.

—Bueno,—dijo don Alejandro;—pero no habreis almorzado.

—Acabamos de tomar chocolate.

—¡Bah! Eso no importa: en el campo, y mucho más cuando se va de viaje, siempre hay apetito; tomareis si quiera una taza de café y unos pasteles, esquisitos hechos por mi niña, y con eso podreis aguardar con más paciencia la hora de comer.

Entraron en la casa, que era magnífica, y atravesando algunas habitaciones, se encontraron en un espacioso salon amueblado de una manera elegante, si bien sencilla y propia del campo.

Clotilde dió algunas órdenes y poco despues un criado dejó sobre el velador un bello servicio de café y una bandeja de plata llena de esquisitas pastas.

La linda chilena, con un desembarazo lleno de gracia, ofreció un pastelillo á cada uno de los viajeros; humeó en las tazas el aromático café, se encendieron los cigarrros, y D. Alejandro preguntó:

—¿Y á qué feliz casualidad debemos el placer de veros de esta parte de la cordillera?

—Se debe principalmente, amigo mio,—respondió Aurora,—á mi carácter aventurero. Hallábame en Europa sola, aislada y con muy poco gusto para figurar en aquella sociedad; y con el objeto de matar el fastidio resolví emprender un gran viaje por el territorio y los mares de América. Hice, pues, construir una fragata, cuyo mando confié á Paco, y acompañada del doctor vine á Buenos-Aires con el objeto de abrazar á mi hermana y visitar, tras ocho años de ausencia, la tierra que me vió nacer. Cármen quiso acompañarme; mi buen amigo Sir Ricardo tuvo la amabilidad de asociarse á nuestras aventuras, y hechos rápidamente los preparativos necesarios para un viaje de esta naturaleza, emprendimos nuestra marcha á través de las Pampas. El doctor os referirá, si gustais, los detalles de nuestro viaje.

—Le escucharemos con mucho gusto,—exclamó don Alejandro.

El buen sábio no esperó á que le metieran los dedos en la boca, como se dice vulgarmente, y refirió á grandes rasgos y de una manera muy bella las peripecias de la expedición; pero como nuestros lectores no conocen todavía

la primera parte del viaje, y por otra parte estamos en el deber de darles algunos antecedentes respecto á nuestros personajes, tomamos por nuestra cuenta la relacion del doctor, y descartándola de aquello que ya conocemos, la presentamos á nuestros lectores en el libro siguiente.

—¿Y á qué taliz casualidad debemos el hacer de veros...

de esta parte de la comedia? —So debe principalmente, amigo mio, —respondió...

tor, —A mi carácter aventurero. Hallábanse en Europa...

sola, aislada y con muy poco gusto para figurar en aque...

lla sociedad; y con el objeto de tratar el fastidio resolvi...

emprender un gran viaje por el territorio y las montañas...

Almería. Hice, pues, construir una fragata, cuyo mando...

confiés Fero y acompañada del doctor y otros hombres...

tes con el objeto de abrazar á mi hermana y visitar las...

ocho años de ausencia, la fiesta que me vio nacer. Un...

men quiso acompañarme; mi buen amigo Sir Ricardo...

vo la amabilidad de asociarse á nuestras aventuras. Y...

hechos rápidamente los preparativos necesarios para un...

viaje de esta naturaleza, emprendimos nuestra marcha á...

través de las Pampas. El doctor se retiró, si gustaba...

LIBRO TERCERO.

EL OCÉANO ATLÁNTICO.

CAPITULO I.

Una invitacion.

El 25 de Agosto de 1868, el Sr. D. Antonio Martín Bez, doctor en las facultades de Medicina y Ciencias en la universidad de Barcelona, académico de número de la de Ciencias físicas y naturales de Madrid, miembro de las sociedades de Geografía de París y Nueva-York y del Instituto geográfico y etnográfico de las Indias orientales, recibió una carta concebida en estos términos:

«Señor profesor: si quereis emprender un viaje de exploracion á las comarcas casi desconocidas de la América meridional, servíos asistir esta noche al teatro del Liceo, segundo palco platea de la derecha.»

La carta estaba sin firma, pero el papel exhalaba un leve perfume y la letra revelaba la mano de una mujer.

El profesor la leyó cuatro ó seis veces sin poder adivinar cosa alguna, y al fin, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Es inútil que pretenda descifrar el logogrifo: de todos modos, esta noche saldré de dudas, si no soy víctima de alguna broma.

Y sin preocuparse más de la carta, esperó pacientemente la hora de ir al teatro.

A las nueve de la noche el doctor penetraba en el magnífico salou del Liceo y tomaba posesion de una butaca de quinta fila.

Se cantaba *Lucia de Lammermoor*, esa bellísima creacion de Walter Scott, embellecida por las armonías de Donizzetti, y el teatro estaba lleno.

D. Antonio dirigió sus gemelos á la segunda platea de la derecha y la vió vacía.

—Hay que esperar,—murmuró.

Concluyó el acto primero, comenzó el segundo, y ya empezaba el doctor á creer que era víctima de una broma de mala especie, cuando una mujer, una jóven hermosísima, vestida con una elegancia exquisita y una gran riqueza, apareció en el palco en cuestion, se sentó con una hechicera indolencia y apoyó sobre el antepecho su hermoso brazo desnudo.

—¡Aurora!—exclamó el profesor;—¡mi linda enferma de Marsella!

Y con una rapidez febril salió del salon, subió á saltos las escaleras, entró en el corredor de las plateas y se dirigió al palco de la desconocida.

Al lado de la puerta estaba un lacayo ataviado con librea azul celeste galoneada de oro.

Aquel hombre debia conocer al doctor, porque apenas le vió se quitó el sombrero y abrió la puertecilla del palco.

OBRAS CONCLUIDAS

ILUSTRADAS CON LÁMINAS

A LAS CUALES SE ADMITE SUSCRICION.

- EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.**—(Memorias del tiempo de Felipe IV.) Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LAS GENTES DE BUENA FE.**—(Memorias de cuatro pillos) Novela de costumbres por Don Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- EL PASTELERO DE MADRIGAL.**—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- GABRIELA.**—(Historia de una pobre mujer.) Novela de costumbres por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- DOÑA SANCHIA DE NAVARRA.**—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LOS MISTERIOS DE PARÍS.**—Por Mr. Eugenio Sue; dos tomos en 4.º
- MARGARITA DE BORGÑA.**—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LA TORRE DE LOS CRIMENES.**—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LAS DOS REINAS.**—Novela histórica por D. Ramon Ortega y Frias: dos tomos en 4.º
- EL DOS DE MAYO O LOS FRANCESES EN MADRID.**—Novela histórica por D. M. Vazquez Taboada: un tomo en 4.º
- LA MODISTA DE MADRID.**—Novela de costumbres por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- EL MUNDO DESCONOCIDO.**—Exploracion del Africa central, sus montañas, sus cavernas y sus habitantes. Aventuras del capitán Mister Greed entre las fieras y los habitantes de la Nigricia. Las islas sagradas. Maravillas y peligro de los bosques Virgenes, etc., etc. tres tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.**—Desde 1779 á 1814, escrita por Mr. Mignet y enriquecida con notas y documentos interesantes de Mr. Thiers y otros historiadores: dos tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA INSURRECCION Y GUERRA DE LA ISLA DE CUBA.**—Escrita por D. E. Llofriu y Sagrera, lujosa edicion con multitud de retratos, escenas, vistas, batallas etc. cuatro tomos en folio.
- INSURRECCION FEDERAL EN 1813.**—Sus causas y sus consecuencias, sus misterios políticos y sociales, sus hombres, sus dramas y sus horrores con todos los detalles. Narracion imparcial escrita para todos los partidos, por D. R. Ortega y Frias y D. E. Llofriu y Sagrera: dos tomos en 4.º
- MEMORIAS DE UN MÉDICO.**—Novela histórica por Mr. A. Dumas; dos tomos en 4.º
- EL COLLAR DE LA REINA.**—Segunda parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- ANGEL PITOU.**—Tercera parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- LA CONDESA DE CHARNY.**—Cuarta y última parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º